

Las noches delictivas

Sólo cuando se está en posesión de la verdad se da uno cuenta de lo deliciosa y preferible que era la mentira.

Enrique Jardiel Poncela

Al caer la tarde, al fondo de mis paseos sin rumbo, había siempre una ventana que se iluminaba, como si tras ella se albergara el trabajo urgente de una modistilla que tiene que entregar varios encargos a la mañana siguiente y necesita apurar, a costa de su salud, las horas infinitamente largas que preceden al amanecer. Era una luz de naturaleza casi textil, como filtrada a través de un lienzo, que otorgaba al cuarto de Augusto Pérez Vellido un aspecto de gabinete antiguo y vagamente conspiratorio. Augusto Pérez Vellido, polígrafo inveterado, alborotador de conciencias, traductor y poeta, látigo de todas las ideologías, trabajaba sobre su escritorio, ajeno al movimiento de personas que agitaba la calle, con esa clandestinidad aplicada y artesanal del tipógrafo que compone un semanario satírico; de vez en cuando, se removía en su asiento, inclinando la cabeza sobre las cuartillas e interponiéndose sobre la zona iluminada por la lámpara: sus cabellos, entonces, enaltecidos de plata, aparecían agigantados ante mis ojos, como un inmenso nimbo que velase por la ciudad y por cada uno de sus moradores, un halo profano que por momentos parecía incendiarse con la luz de la lámpara, arrebatado por un fuego revolucionario. Augusto Pérez Vellido, arrinconado en la estrechez menesterosa de su escritorio, alternaba las obras de filosofía moral con los sermones políticos, la exégesis mitológica con el ensayo lingüístico, y yo, paseante más o menos ocioso a la hora del crepúsculo, envidiaba su observancia casi religiosa de un horario y unos métodos, premisa necesaria para elaborar cualquier obra de fuste. Augusto Pérez Vellido, *maestro* local por antonomasia (así lo designaban, con esa devoción que los ateos emplean con el intelectual, la legión inabarcable y confusa de sus discípulos), alimentaba cada tarde con nueva savia el árbol frondoso de su obra, que amenazaba con desbancar a la del Tostado, de tan profusa y miscelánea, y extendía sobre la ciudad su sombra de

rebelde irredento, el bálsamo reparador de sus palabras, casi siempre discrepantes, casi siempre turbadoras. Augusto Pérez Vellido, santón de nuestra ciudad, eremita de su propia obra, me deparaba cada tarde la visión fugaz de su cabellera, contradictoria de greñas y batallas perdidas, la tranquilidad que produce saber que existe alguien que vela por los demás mientras escribe un tratado de prosodia latina o un discurso donde se despotrica contra todas las formas de gobierno habidas y por haber. Ignoraba yo por entonces, adolescente lírico y algo diletante, que la escritura también requiere su disciplina, su tediosa servidumbre, esa dedicación minuciosa y estéril que la iguala con las tareas conyugales.

Mi conocimiento de la obra de Augusto Pérez Vellido, fragmentario y parcial, arrancaba de un panfleto publicado bajo pseudónimo años atrás, en pleno exilio transpirenaico, titulado *Manifiesto contra la opresión nacionalista*, una breve arenga dirigida a los habitantes de nuestra ciudad, invitándolos a combatir de hecho y de palabra por la desaparición del Estado y la consiguiente liberación de cualquier sometimiento administrativo. Esta negación del Orden Estatal, pese a su plasmación localista, poseía una proyección universal que abogaba por la supresión de la propiedad y la disolución de los vínculos familiares, en su propósito de denigrar todas las ideologías sustentadoras del Estado. El *Manifiesto*, escrito en un tono complaciente y hasta paródico, había sido acogido con regocijo por los seguidores de Pérez Vellido, que sin embargo no le habían atribuido otro valor que el meramente testimonial, postura que a mí, enfermo de fanatismo y juventud, se me antojaba excesivamente frívola. El *Manifiesto* de Pérez Vellido (cuya autoría, por cierto, él no acababa de reconocer, en un gesto de coquetería o desprendimiento que lo honraba) me inflamaba con sus ideas subversivas sobre las relaciones amorosas o incluso sobre el trabajo —que, en la sociedad preconizada por Pérez Vellido, desaparecería, al igual que todas las imposiciones—, y, en definitiva, me hacía suspirar por un mundo ajeno al Progreso, desprovisto de televisores, teléfonos o automóviles, un mundo en modo alguno utópico, ya que, desde el preciso instante que yo lo consideraba realizable, comenzaba a adquirir vigencia, pues el propósito de Pérez Vellido no era otro que el de sembrar la discordia en el corazón de la Sociedad e ir abonando su paulatina destrucción.

Entre su vecindario, Augusto Pérez Vellido se había labrado una imagen entre meritoria y censurable que constituía su principal atractivo. Célebres eran, por ejemplo, sus disertaciones nocturnas en el patio de su casa, rodeado de una multitud de hijos, cuñadas, sobrinas y nietos, suegras, primos, concubinas, nueras y simpatizantes de diversa índole, una prole promiscua y sentimental que, a falta de una ocupación que aliviase su indolencia, compartía el rancho común que Pérez Vellido les procuraba con el

beneficio producido por sus libros (por desgracia, demasiado exiguo), y el pluriempleo agotador de las conferencias, las academias, las cátedras beneméritas y otros quehaceres postizos. Augusto Pérez Vellido, censor del Estado y de sus prolongaciones burocráticas, mantenía la contradicción cotidiana de recibir su sueldo de aquellos mismos a quienes combatía, y en esta disyuntiva entre realidad y deseo, o si se prefiere, entre una existencia asalariada y otra disidente, se hallaba, en ese difícil equilibrio del funambulista que, a pesar del aliento del público, sabe que debajo no hay red que amortigüe su caída. Las disertaciones nocturnas de Pérez Vellido ante el círculo de sus allegados no escapaban tampoco a esta contradicción, ya que, si bien parecían concebidas para un consumo preferentemente endogámico, su realización práctica, todo el cortejo de gestos, propopeyas y énfasis, todo ese caparazón retórico con que Pérez Vellido rodeaba su discurso aspiraba, sin duda, a un público mucho más amplio: en efecto, desperdigados por las ventanas y balcones del vecindario, casi un centenar de curiosos, en su mayoría iletrados, escuchaban con ensimismamiento sus diatribas, prestando una atención exagerada al Maestro, como si hubiesen pagado una suma considerable por asistir al espectáculo y no quisieran perderse ni el preámbulo. Pérez Vellido, corrompido por el fervor popular, encorsetaba su verbo dentro de un esquema común, sin concesiones a la improvisación, y hablaba siempre de los mismos temas, en un tono catequético y cascarrabias. Yo, que indefectiblemente formaba parte de aquel público entusiasta, no tardé en descubrir (con esa mezcla de decepción y orgullo con que descubrimos los defectos del prójimo) sus reiteraciones, ese desparpajo que derrochaba a la hora de citarse a sí mismo y vulgarizar su mensaje a través de frases lapidarias, aseveraciones tajantes y otros dogmas de fe. Augusto Pérez Vellido disertaba de pie, paseando por su jardín, en un ejercicio peripatético que añadía dramatismo a sus exposiciones. Augusto Pérez Vellido hablaba con brillantez, modulando las frases, como un actor experimentado que recita el monólogo de Hamlet, y precisamente en la brillantez de su discurso se hallaba la traición a su pensamiento, comprimido en frases ampulosas, como las que nos decimos en esos momentos en que, amedrentados por la soledad, sentimos el deseo, a falta de otro interlocutor, de hablar con nosotros mismos, por la necesidad imperiosa de espantar nuestros fantasmas. Augusto Pérez Vellido, en cualquier caso, convencía a quienes le escuchaban, y se iba forjando un pedazo de inmortalidad. Rodeaba sus disertaciones de una especial tramoya que abarcaba el escenario, la vestimenta y hasta el engolamiento de la voz. Su peculiar fisonomía (labios femeninos, mandíbula altiva, largas patillas que conectaban con un bigote prusiano) añadía autoridad a sus lucubraciones, formuladas siempre con una firmeza de

oráculo. Congregados alrededor de su verbo, la multitud de hijos, yernos, cuñadas, sobrinas y nietos, suegras, primos, concubinas, nueras y simpatizantes de diversa índole, retozaba en el jardín con una alegría agravada por la nocturnidad y el incesto. En las noches de verano, cuando la temperatura propiciaba los sofocos, la multitud de allegados se aligeraba de ropa y componía, sobre la hierba del jardín, una escena campestre, primitiva y anterior a todos los tabúes, a la que Pérez Vellido no tardaba en sumarse. En un instante, asistíamos, entre la perplejidad y el escándalo, a una celebración espontánea de la carne, a una revisión idílica de la edad de oro que nos dejaba patidifusos y algo calenturientos. Entre aquella masa de cuerpos retozones, entre la hojarasca de pieles mustias, había reparado yo en una muchachita impúber que apenas participaba de aquellos juegos, una virgen gótica trasplantada al ambiente libertario de aquel jardín. Se llamaba Fedra, y, al parecer (por una confusa cadena de circunstancias biológicas), era nieta de Augusto Pérez Vellido. ¿Será preciso confesar que me había enamorado de ella?



Guiado por un instinto de profanación (ese mismo instinto que acomete al proletario cuando roza a una mujer núbil y patricia), comencé a planear mi incorporación al círculo de los allegados al Maestro. Augusto Pérez Vellido despertaba en mi un sentimiento agónico de admiración y reticencia, de idolatría y desprecio, pasiones a simple vista incompatibles que, sin embargo, componen un caldo de cultivo inmejorable para perpetrar el asesinato de nuestros mitos literarios, única catarsis posible si queremos liberarnos de su influjo parasitario y renacer, liberados ya para siempre de su rémora. Cada mañana, antes de que Augusto Pérez Vellido saliese a dar su paseo diario, me apostaba yo en la esquina de la calle por donde él solía discurrir, y cuando suponía inminente el momento de su llegada, me acercaba a él con aire distraído, por lo general mirando en dirección opuesta y forzando un encontronazo aparentemente casual, al estilo de un aficionado al fútbol que aguarda en la puerta de un vestuario la salida sudorosa de los jugadores. Durante varios meses, Pérez Vellido, harto de ser abordado en sus breves incursiones por las calles de la ciudad, rehuía mi presencia con una mirada hosca, fingiendo no haber reparado en mi persona, sin variar el ademán. Augusto Pérez Vellido, salvo contadas excepciones, no cruzaba saludos conmigo, convencido de haber cumplido suficientemente (y hasta con prodigalidad) regalándome su presencia venerable. Como la juventud es una edad inasequible al desaliento, máxime cuando la guía el amor, seguía yo con mi acoso, con las miras